ALGUNOS ASPECTOS DE LAS IDEAS ILUSTRADAS DE OLAVIDE EN LAS «LECTURAS UTILES Y ENTRETENIDAS»

POR

MARIA JOSE ALONSO SEOANE

Conocemos todavía poco —a pesar de la fundamental monografía de Defourneaux y posteriores aportaciones— algunos aspectos de la actividad de Pablo de Olavide y, en concreto, de su obra literaria, especialmente la narrativa. Algunas cosas importantes sí: que Olavide publicó un número considerable de novelas y que esas novelas se conservan en su mayoría, editadas en la Colección *Lecturas útiles y entretenidas*[1] bajo el nombre supuesto de Atanasio de Céspedes y Monroy, así como que, por lo menos algunas, son adaptaciones de obras francesas, como espero haber demostrado en particular en mi artículo «La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio»[2]. Sin embargo, no sabemos algo menos esencial, pero que sería interesante conocer, que es: cuándo se componen esas novelas. Hasta su huida a Francia, mientras cumple la pena que le impuso la Inquisición, los intereses literarios de Olavide parecen haberse centrado en el teatro, aunque no deja de haber noticias referentes a otros géneros, y en concreto a la novela, ya que sabemos que impulsó la traducción-adaptación de *Grandisson*[3]. Pero su prolongada estancia en Francia culmina en lo literario, después de los sucesos de la Revolución, con la publicación

[1] Madrid, Doblado, 1800 (tomo I, *El desafío, La paisana virtuosa, La dulce venganza;* II, *La mendiga honrada o la conversión del amor, El sol de Sevilla, Los dos amigos o los peligros de la riqueza;* III, *La huérfana, El amor desinteresado;* IV, *La hermosa malagueña, La satisfacción generosa;* V, *Los peligros de Madrid, El fruto de la ambición;* VI, *La presumida orgullosa, El matrimonio infeliz;* VII, *El secretario filósofo, El estudiante);* 1816 (tomo VIII, *Los gemelos;* IX, *La madre prudente, La feliz desgraciada);* 1817 (tomo X, *El inconsciente corregido;* XI, *La familia feliz).* Citaré siempre el texto de las novelas por esta edición, indicando solamente el título de cada una de ellas, tomo y página.

[2] *Axerquía* (Córdoba), núm. 11, 1984, págs. 11-94.

[3] Cfr. M. DEFOURNEAUX, *Pablo de Olavide ou l'afrancesado (1725-1803),* París, Presses Universitaires, 1959, págs. 74-75.

de una, en definitiva, extensa novela epistolar: *El Evangelio en triunfo.* No es, desde luego, una novela propiamente dicha, pero sí formalmente, y no se le ha considerado así, sino como manual de apologética, que es lo que en gran parte es[4]; pero Olavide eligió ese cauce para facilitar su difusión precisamente entre los que necesitan las enseñanzas que proporcionan sus páginas y que de otra manera no leerían:

> «Parecióme también que este método histórico tenía la ventaja de exponer la instrucción sin el tono frío y dogmático que desagrada tanto al que no le busca [...]. Pero una historia que no pretende más que contar, sostenida con los hechos y animada por los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar a los lectores y aficionarlos a su doctrina»[5].

Las *Lecturas útiles y entretenidas* responden exactamente al mismo criterio de elección por capacidad de difusión y, por tanto, efecto multiplicador de su contenido: enseñanzas morales, en el mismo sentido genérico e ilustrado que en *El Evangelio en triunfo,* que claramente se define en el *Prólogo.*

¿Concibió Olavide la idea de escribirlas a raíz de los acontecimientos de la Revolución francesa? ¿Fue un proyecto anterior, en el que se entretuvo —como antes en España con el teatro, a fin de cuentas con la misma finalidad educativa— los largos años que median entre su condena y la redacción de *El Evangelio en triunfo?* ¿El éxito de esta última obra le movió a preparar la serie de novelas —igual que los *Poemas cristianos* o el *Testamento* inacabado—, trabajando febrilmente en Baeza, entre 1798 y 1800, año en el que salen —aunque sean adaptaciones— nada menos que los primeros siete tomos de las *Lecturas?* Esta última hipótesis, a pesar de la actividad probada del antiguo asistente de Sevilla en sus últimos años[6], parece difícil de admitir, al menos para la totalidad de la colección. Tampoco parece que pueda hablarse de los últimos años en Francia, porque después del mortal susto de su detención en Meung, se retira a Cheverny, donde redacta de un tirón —pero son cuatro extensos tomos— *El Evangelio en triunfo*[7]. Mas hay que

[4] «En gran parte» debe tomarse sobre todo referido a lo material: es más extensa la parte que se dedica a desarrollar las pruebas de que la religión católica es la verdadera; pero el conjunto del libro aspira a presentar también lo que puede ser la vida de un filósofo desengañado: con todos los bienes que derivan de su conversión, no sólo espirituales, sino lo que supone una conducta personal y social cristiano-ilustrada.

[5] *El Evangelio en triunfo,* Valencia, Hermanos de Orga, 1747, t. I, págs. IX-X. Actualizo ortografía y puntuación al citar los textos de Olavide; en adelante, por lo que se refiere al *Evangelio en triunfo,* citaré por esta edición, indicando solamente tomo y número de página.

[6] Cfr. M. DEFOURNEAUX, *Pablo de Olavide..., op. cit.,* págs. 446 y ss.; también R. RODRÍGUEZ-MOÑINO, *El Intendente don Pablo de Olavide y la ciudad de Baeza,* La Carolina, Seminario de Estudios Carolinenses, 1985.

[7] Cfr. M. DEFOURNEAUX, «La historia religiosa de la Revolución francesa vista por Pablo

tener en cuenta que muchas de las novelas de las *Lecturas útiles y entretenidas* —algunas dedicadas enteramente a probar sus tesis— manifiestan las ideas de sus últimos años; no en cuanto al carácter ilustrado, pues ése siempre lo tuvo, sino a que son obras absolutamente «desengañadas», en la misma línea de *El Evangelio en triunfo;* en concreto, llama la atención la importancia que se da a la religión católica, y a que ésta sea ilustrada, en determinadas novelas de la serie *(El secretario filósofo, La madre prudente, El inconstante corregido).* Nada impide suponer que simplemente después del *autillo,* es decir, en los años pasados en Francia entre su huida de España y los sucesos de Meung, ya estuvieran escritas varias novelas con esos propósitos, o bien aquellas en las que esas preocupaciones religiosas tienen poca importancia, que también las hay, y entre las primeras de la serie *(El desafío, La paisana virtuosa, La dulce venganza, El sol de Sevilla,* etc.), y que luego, en sus últimos años, continuase escribiendo, acentuándose su interés por esos temas hasta casi coincidir las últimas novelas de la colección con un aumento decisivo del elemento religioso en la trama de las novelas. Sin embargo, frente a todas las hipótesis, contamos con un dato cierto: al menos una novela de las *Lecturas útiles y entretenidas* no se escribió hasta después de 1793, pues ésa es la fecha de publicación del original francés: *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura,* que Olavide adaptó en *El fruto de la ambición*[8].

Las ideas de Olavide en las novelas de las *Lecturas útiles y entretenidas* dependen sin duda de sus originales, como en *El Evangelio en triunfo;* pero esto no es óbice para considerarlas en la práctica como suyas propias, pues por ello las seleccionó y las mantuvo en sus adaptaciones, como puede probarse en aquellas de las que son conocidos los originales y que pueden extenderse, en este sentido, a las demás. En último término responden a ideas comunes a todos los católicos ilustrados, probablemente de fuentes francesas más que españolas: no hay que olvidar que Olavide llevaba dieciocho años en Francia cuando vuelve a España al ser perdonado por Carlos IV; que su admiración por lo francés —y en general por la Europa de las luces— fue común a todas las etapas de su vida; que en Francia compró miles de libros, y que en el caso concreto de las obras dramáticas sigue el

---

de Olavide», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* núm. 156, 1965, pág. 119. Véase también, del mismo investigador, «Las amistades francesas de Pablo de Olavide», *El Mercurio Peruano,* núms. 443-444, 1964, págs. 46-47.

[8] Hasta ahora he podido descubrir que tres novelas de Olavide son en realidad adaptación de novelas francesas: *Los peligros de Madrid* es adaptación de *Guermeuil,* de Baculard d'Arnaud; *El fruto de la ambición,* de *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura,* de Pierre Blanchard; y *El amor desinteresado,* de *Ernestine,* de Madame de Riccoboni. En la actualidad preparo un detenido estudio sobre ese punto y sobre cada una de las novelas de Olavide.

criterio —que podría trasladarse a las narrativas— de que mejor es adaptar obras extranjeras que refundir las antiguas españolas[9]; por último, que al hablar de modelos a la hora de proponerse componer una serie de lecturas interesantes y formativas acude a un antecedente francés, Jean-Pierre Camus, obispo de Belley[10]. La conexión de las ideas ilustradas de Olavide con las europeas del momento es tal que pueden perseguirse en las *Lecturas útiles y entretenidas* las mismas que Paul Hazard expone en su obra clásica, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*[11], casi punto por punto: el auge de la apologética, la renovación de los métodos educativos, la edad de la crítica universal por parte de los «filósofos» a la moda, las recetas prosaicas de felicidad apetecida, la beneficiencia, nueva virtud; la existencia de costumbres corrompidas —los libertinos dieciochescos—; la estrella ascendente del mundo burgués, con sus hechos característicos —los negocios, las quiebras—; el valor de la civilización, el valor de lo natural, el buen salvaje, la idea de progreso, etc.

Las *Lecturas útiles y entretenidas* fueron un hito importante en la afirmación del nuevo género narrativo en España, en una época tan necesitada de modelos; pero dejando aparte este aspecto, que ahora no nos interesa, supusieron sobre todo una antología de esos temas ilustrados en que, con la facilidad que les daba la amena forma novelesca, bebiera sus principios la juventud española. El propósito de la colección, como indica en su *Prólogo*, es directamente moralizador: «observé también, y con mayor placer, que en ellos, con el anzuelo de la diversión, se introducen los principios más sanos de la virtud y las máximas del más puro moral»[12]. Pero la cáscara atractiva de la trama diluye en muchos casos su objetivo, aunque en otros lo intensifica: tal es la heterogeneidad de las novelas de la serie[13]. A pesar de todo, del conjunto de todas ellas, y es lo que haremos aquí, puede extraerse un repertorio de ideas ilustradas que va desde la valoración de la sensibilidad hasta la conveniencia de crear manufacturas; en definitiva, las ideas que Olavide defendió toda su vida[14], en obras y por escrito, perfectamente

[9] Cfr. F. AGUILAR PIÑAL, *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, Universidad, 1974, pág. 89.

[10] *Prólogo*, t. I, pág. 5. De todas maneras, estas ideas eran comunes también entre los ilustrados españoles; véase, por ejemplo, referido al *Epistolario*, de la colección Ribadeneyra, el trabajo de JUAN MANUEL HERRERO «Notas sobre la ideología del burgués español del siglo XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, IX, 1952, págs. 297-326.

[11] Hago referencia a la versión castellana de la obra: Madrid, Guadarrama, 1958.

[12] Tomo I, pág. 8.

[13] Sólo coinciden formalmente en que, cosa rara, ninguna es novela epistolar. Seguramente la narración en tercera persona, habitual en las *historias, anécdotas*, etc., de la época, le pareció más convincente y, por tanto, más útil a sus propósitos.

[14] Cfr. M. DEFOURNEAUX, *Pablo de Olavide...*, *op. cit.*, pág. 470, e *ídem*, «Pablo de Olavide: un afrancesado en el Siglo de las Luces», *Estudios Americanos*, núm. 100, 1960, pág. 44. A

conciliables con las reflexiones de sus últimos años, en que tan a lo vivo sintió la necesidad de enderezar sus pensamientos hacia una conjunción de fe y razón válida para sí mismo y, de modo intrínseco, forzosamente comunicativa, como se manifiesta en sus publicaciones de esta época. Por otra parte, es idea común a los ilustrados el aspecto concreto de concebir la tarea literaria —sobre todo algunos géneros— en gran medida como medio de difusión de las mismas.

El fundamento de todo el sistema es la educación y la religión ilustradas, que propiamente no son unas ideas ilustradas más, sino su punto de partida, y que no tratamos aquí, pues un estudio conjunto de estas y las demás ideas ilustradas de Olavide en sus novelas excede los límites de este artículo [15]. Suponiendo esta base, de las novelas podemos extraer un conjunto articulado de principios ilustrados que expondré en sus líneas generales y del que sólo recogeré las citas más expresivas. El esquema de la visión del mundo que preside la colección es el siguiente: la vida de los hombres puede tener dos caras, según esté iluminada por los principios de la verdadera ilustración o permanezca en la oscuridad. Estos dos polos se presentarán —en medio de la barahúnda de anécdotas, aventuras y complicaciones de la trama— para que sirvan de modelo de actuación o, al revés, a través de la sátira —nunca burlesca— y de las terribles consecuencias que siempre traen hagan recapacitar a los lectores sobre lo que *no* se debe hacer. La clave de las conductas es la educación, la *crianza cuidada:* la buena formación humana y una fundamentada instrucción religiosa harán que los jóvenes ilustrados encaucen sus pasiones y desplieguen sus facultades en una utopía de virtud y felicidad; lejos de los vicios producidos por la carencia de principios en ese caldo de cultivo de todos los horrores que son las aglomeraciones de las ciudades. Pero veámoslo por partes.

Educación y religión, pues, y algunas veces la naturaleza, producen un entramado de virtudes de las que hay muestras continuas en las *Lecturas,* a

---

pesar de todo, algo sin duda varía y es la preocupación religiosa ortodoxa. Por ejemplo, Olavide había traducido la *Zayda* de Voltaire, supuestamente de carácter antifanático y defensora del indiferentismo; las novelas de tema oriental de las *Lecturas* presentan siempre conversiones y el hecho se trata positivamente, acaben bien o mal materialmente. En otros casos hay concomitancias: en *El jugador* aparece una sátira, aunque amable, en el mismo sentido que las duras críticas al juego en *El Evangelio en triunfo* y en las *Lecturas útiles y entretenidas.* Para el teatro de Olavide, véase —aparte de la edición de E. NÚÑEZ (*Obras dramáticas desconocidas,* Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1917)— el artículo de T. BARRERA y P. BOLAÑOS «La labor teatral en Sevilla del peruano Pablo de Olavide», *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América,* 1984, t. II, págs. 23-56.

[15] Cfr. mi artículo «Dos principios ilustrados en las últimas obras literarias de Olavide», *Actas del II Congreso Histórico sobre las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía* (La Carolina, 27-II a 1-III de 1986), en prensa.

las que algunas de ellas están dedicadas por entero, como la piedad filial y la honradez en *La paisana virtuosa* o la amistad en *Los dos amigos o los peligros de la riqueza*. Afabilidad, honestidad, bondad, beneficiencia, generosidad, gratitud, prudencia, pudor, lealtad, sobriedad, son parte del muestrario que presentan las novelas [16]. Se destacan dos notas presumibles en este campo, de muy distinto orden por otra parte: el valor de la cortesía, elemento significativo de la civilizadora vida en sociedad [17] y la existencia del relativo salvaje virtuoso de nacimiento:

> «era naturalmente honrado y generoso [...]. No es mucho que los que nacen en medio de las artes y los principios de la Ilustración sigan las huellas que han dejado estampadas sus mayores; pero que un hombre nacido y criado en un país bárbaro pueda hacerse superior a las opiniones ridículas y respetadas de su país [...] esto supone mucho mérito, y esto es lo que hizo Selin» [18].

La sensibilidad, atributo ineludible del hombre nuevo —incluso desde el punto de vista fisiológico, «pues si la sensibilidad es el uso recto de los sentidos, el insensible resultará un enfermo o un incapacitado» [19]— resume todas esas virtudes y aparece frecuentemente en los protagonistas, también en los paganos naturalmente ilustrados: «Hazan sensible y generoso [...] se enternece» [20]. Su corazón no nació para sus costumbres: «Siempre he mirado con horror el duro encierro y el bárbaro desprecio con que tratan los moros a las mujeres» [21], dirá él mismo. Son también abundantes los cuadros plásticos al estilo de los dramas sentimentales o comedias lacrimosas en que la emotividad sube hasta el más alto grado procurando contagiar necesariamente al espectador (lector).

> «Y ya Lucía, colgada del cuello de su padre, lo bañaba con el agua que salía de sus tiernos ojos. El padre, no menos inundado en su llanto, y sorprendido de visita tan inesperada, daba gritos para desahogar la opresión de su pecho. Este espectáculo de amor paterno y ternura filial enterneció también a los extraños y todos lloraban con una dulce sensibilidad» [22].

---

[16] Al fin y al cabo, «las buenas acciones son el alimento de los buenos corazones, y no puede dejar de ser feliz el que puede y sabe ser benéfico» (*El fruto de la ambición*, t. V, pág. 158).

[17] «El Marqués se acercó con aquel noble despejo y con las gracias sueltas y simples que sólo se adquieren con el uso del mundo y el trato de las gentes: hizo sus cumplidos con muy afable urbanidad, pero al mismo tiempo con tanto garbo y desembarazo, que acabó de ganar todos los corazones» (*El desafío*, t. I, pág. 43). En el mismo sentido, cfr. *El estudiante*, t. VII, pág. 133.

[18] *La hermosa malagueña*, t. IV, pág. 19-20.

[19] F. GARRIDO PALLARDÓ, *Los orígenes del romanticismo*, Barcelona, Labor, 1968, pág. 63.

[20] *Los gemelos*, t. VIII, pág. 58.

[21] *Ibídem*, págs. 103-104.

[22] *La paisana virtuosa*, t. I, págs. 154-155.

«Pero Donata, que con alma más sensible oía hacer el retrato de su propia felicidad, los escuchaba con interés más tierno y se derretía con delicioso llanto. Apenas acaba su marido cuando se cuelga de su cuello, y sin poder articular palabras, desahoga su corazón con mil caricias. Ricardo las recibió con toda la sensibilidad de su cariño. Las lágrimas de su esposa le desatan las suyas, y también le saltan de los ojos dos diluvios. Los niños [...] se echan también a llorar y empieza entre todos un concierto en que sólo formaban la armonía las lágrimas tiernas del placer y los gemidos dulces del amor. ¡Qué escena tan deliciosa para un alma sensible!»[23].

CONTRAPUNTO

Este cuadro de luces tiene una cara absolutamente oscura que le sirve de contrapunto: los vicios procedentes de una mala educación y el ambiente nocivo de la Corte. Hay pasiones sublimes, como el amor honesto y la amistad, pero generalmente se habla de pasiones degradadas, nunca involuntarias, sino crecidas por la negligencia en combatirlas:

«Esta es la marcha ordinaria de las pasiones. Empieza por ceder por flaqueza, pero presto adquieren la dureza del vicio y acaban por la inhumanidad. Así se ve que personas sensibles y virtuosas, poco a poco y de error en error, llegan a la barbarie de los malvados»[24].

«No por eso es preciso inferir que Clandol era naturalmente desalmado. No; antes de conocer a Florencia pasaba por honrado y tenía principios de honor; pero tales son los efectos de las pasiones cuando no se corrigen en debido tiempo. [...]. Se familiarizó con los horrores, sofocó la voz de sus remordimientos y llegó hasta el extremo de gustar esta calma terrible, que nace de la dureza que adquiere el corazón»[25].

En algún momento pudiera pensarse que la pasión brota y se consolida sin intervención de la voluntad de los sujetos[26], pero esa engañosa ilusión se desvanece con la tajante y absolutamente antirromántica —pero muy ilustrada— réplica del magistrado a las sinrazones de su hija, que quiere casarse con un inferior poco recomendable:

[23] *La familia feliz*, t. XI, págs. 49-50.

[24] *Los peligros de Madrid*, t. V, pág. 94.

[25] *La hermosa malagueña*, t. IV, págs. 122-123. *La madre prudente*, t. IX, pág. 57: «hubiera llamado la razón a su socorro, y con los auxilios de la religión y algún esfuerzo hubiera superado una pasión naciente, que entonces era muy fácil de vencer. No hay pasiones involuntarias, y las que dominan a los hombres nacen de su negligencia o de su poco esfuerzo en combatirlas».

[26] «Dos corazones que están unísonos, presto se entienden. [...] Aquellas dos jóvenes almas se hallaron de repente amantes sin saber cómo y se espantaron» (*El matrimonio infeliz*, t. IV, pág. 136).

«—Pero en fin, supongamos que por una fuerza superior, a que no he podido resistir...

—¿Cómo quieres que haga suposiciones indignas, que te llenarían a ti de oprobio y a mí de furor? Nadie se enamora sino porque quiere, y todas las mujeres que tienen un vislumbre de razón o la menor idea de decoro, saben vencer las pasiones cuando son indecentes, cuando no son conformes a la calidad de su familia y a la voluntad de sus padres»[27].

Todos los males se dan en las ciudades. En el campo, el hombre, que desconoce la ambición, es naturalmente benéfico y cumple su vida plenamente. Las ciudades parecen ir contra el designio divino, que si bien quiere que el hombre viva en sociedad, no debe querer

«el que así amontonados se exciten a gastos frívolos, hijos de la vanidad, a esos desórdenes del orgullo que crean al lujo, este monstruo devorador que sólo habita en las grandes ciudades y que acaba por tragarse los más ricos imperios»[28].

Incluso los salvajes —los selectos, se entiende— se dan cuenta que lo mejor es vivir retirado[29]. Se diría que la vida en abundante compañía no favorece nada bueno en este mundo: amor, amistad, sensibilidad paterna, pudor y hermosura verdaderos, todo es desconocido en las ciudades.

«En la provincia los deseos son más tímidos y los obsequios más respetuosos; pero en la corte se hace gala de la desvergüenza y el amor se maneja sin decoro»[30].

«Vosotros, los habitadores de las grandes ciudades, no dejáis de amar a vuestros hijos; pero no podéis estudiar sus acciones. El torbellino que os arrebata no os permite ni deja tiempo para entregaros a esta delicia de la paterna sensibilidad. [...] Vosotros, los pobladores de las grandes ciudades, no podéis tener sentimientos íntimos y profundos, ni afectos sólidos y eficaces,

---

[27] *La feliz desgracia*, t. IX, pág. 219.

[28] *La familia feliz*, t. XI, págs. 156-157. No cabe duda de que algunos de estos principios son los que en vida defendió y procuró llevar a la práctica —me estoy refiriendo al gran proyecto de las *Nuevas Poblaciones*—. «Sin duda que el hombre es hecho para la sociedad; pero debe ser para una sociedad arreglada y bien repartida sobre la tierra. El cielo se la dio para que se mantenga con su cultivo; la primera intención del Criador es que los hombres la pueblen de manera que se distribuyan todos sobre su superficie: que cada familia ocupe la extensión que puedan cultivar sus brazos y que baste para su subsistencia» (*La familia infeliz*, t. XI, páginas 155-156).

[29] «Ya aun antes de adquirir las luces de la Europa, por sí mismo y por un instinto natural, no frecuentaba la Corte, ni siquiera vivía en Constantinopla, sino en una casa de campo y ocupaba su tiempo en placeres honestos» (*La hermosa malagueña*, t. IV, págs. 20-21).

[30] *La presumida orgullosa*, t. VI, pág. 16.

porque siempre estáis distraídos con los muchos objetos que os ocupan y que debilitan vuestras atenciones. Así, pocos lloran sinceramente en vuestras tumbas»[31].

«En las ciudades todo es artificial, hasta la hermosura lo es, pues en gran parte se debe al atavío, y lo es también el pudor, que se suele afectar más que sentir; en vez de que en el campo hay tan poco artificio en las costumbres como arrebol en los semblantes: la hermosura es natural y el pudor verdadero»[32].

Son, en definitiva, idénticas nociones a las que se expresan en *El Evangelio en triunfo:* huir de las ciudades que corrompen, buscar la felicidad en la simplicidad de los campos, en el ejercicio de la beneficencia y la práctica de todas las virtudes[33]. La crítica a los ricos —aunque no todos los ricos son malos, porque hay quien hace un uso ilustrado de su riqueza— y poderosos es continua, hasta alcanzar caracteres melodramáticos en *El matrimonio infeliz;* aunque otras veces se limita a una exposición genérica de un panorama negativo:

«Yo he visto el mundo y los poderosos del siglo: la mentira estaba en su boca, la iniquidad en sus pechos y la violencia en sus brazos; yo he visto a la injusticia dominando en los palacios y plazas»[34].

El deseo de riqueza y la filosofía escéptica de los libertinos corrompen a los que eran buenos *(El fruto de la ambición, Los dos amigos, Los peligros de Madrid).* La inanidad de la vida en la Corte se pone de manifiesto: así como la ceguera de los protagonistas de algunas de las novelas que sin apenas darse cuenta se dejan corromper:

«Ramón no podía ver a Bonifacio sino un instante por la mañana, siempre angustiado porque ya era la hora del palacio, siempre prometiéndole que vendría temprano, sin poder venir nunca, porque o juegos de mucho interés, que obligaban a trasnochadas, o personas muy considerables, a quienes debía esta deferencia, o amigos o negocios muy graves le quitaban los medios»[35].

«Mi razón se pervirtió tanto, que tenía por felices a estos inútiles ociosos que vegetan entre placeres frívolos y pasan una vida estéril como un sueño dulce sin penas ni fatigas»[36].

---

[31] *El fruto de la ambición,* t. V, págs. 147-148 y 265, respectivamente.
[32] *La madre prudente,* t. IX, pág. 51.
[33] Cfr. *El Evangelio en triunfo,* t. IV, pág. 44. Véase también *ibídem,* págs. 90 y 170.
[34] *La familia feliz,* t. II, pág. 153.
[35] *Los dos amigos,* t. II, pág. 269.
[36] *El fruto de la ambición,* t. V, pág. 221.

—respeto a la autoridad paterna y respeto a la libertad de los hijos— son continuas:

> «[Laura] le decía: yo no tengo ni debo tener voluntad; mi padre es quien debe escoger por mí, y yo no debo más que obedecer. Don Alvaro le decía que él no era el que se casaba, sino ella, y que pues en su boda se trataba de su suerte, era ella la que se debía decidir»[47].
>
> «Yo en eso no tengo voluntad, vos sois mi padre y os toca decidir; yo no debo más que obedecer. Pero si yo te lo aconsejo, ¿le tomarás con gusto? Si vos me lo mandáis le tomaré, porque me lo mandáis; pero si me dierais otro, le tomaré también»[48].
>
> «¿Qué importa que yo lo quiera, si vos no consentís? Pues en este caso mi voluntad no fuera nada. Así sólo lo quieres porque supones que es gusto nuestro; pero ¿si no lo fuera? Si no lo fuera, aunque yo lo deseo, no me casara, porque yo sé que no debo casarme sino con quien mi padre y mi madre me digan»[49].
>
> «Pero, madre, a mí no me toca escoger ni el tiempo ni la persona: yo no debo más que obedecer, y tomaré de vuestra mano el hombre que me señaléis y en el momento que lo dispongáis. No, hija mía, yo no deseo sino que seas dichosa, y no tengo otra ambición sino la de que te cases a tu gusto»[50].

Sin embargo, en dos novelas en especial se analizan con detenimiento casos divergentes, constituido el tema como tesis de ellas cuando en las demás se enuncia solamente: *La feliz desgracia* —todo un tratado acerca del matrimonio en cuanto a la elección del cónyuge—, en que se prueba la razón del padre en contra del capricho de la hija inexperta, y *El fruto de la ambición,* en el que la negativa del padre a complacer a su hija deja un rastro de desolación y muerte, amargamente denunciada por el novio, que se rebela contra una autoridad mal empleada:

> «Decidme: los padres que tienen tantos y tan sagrados derechos sobre sus hijos, ¿tienen también el de tiranizarlos? [...] que cuando por interés o por

---

que se debe a la autoridad paterna; pero en aquella ocasión le pareció que también debe tener sus límites, y que cuando se conforma notoriamente en tiranía, la potestad real decide el caso, y aun el cielo parece que permite dejar de obedecer sin faltarle nunca a su decoro» (*La hermosa malagueña,* t. IV, pág. 13). Véase, para todo este tema, la *Novísima Recopilación* de Carlos IV, título II, «De los esponsales y matrimonios, y sus dispensas».

[47] *El sol de Sevilla,* t. II, pág. 130.

[48] *La dulce venganza,* t. I, pág. 335.

[49] *La familia feliz,* t. XI, pág. 100.

[50] *La huérfana,* t. III, pág. 143. Hay muchos otros ejemplos de ese estilo: cfr. *La feliz desgracia,* t. IX, págs. 197-198; *La madre prudente,* t. IX, pág. 120; *Los gemelos,* t. VIII, página 244; *El desafío,* t. I, págs. 21 y 25.

capricho quieren hacerlos desdichados, dejan de ser padres. [...] Si los padres por sus caprichos tuvieran el derecho de hacer infelices a sus hijos, fuera mejor que no les dieran: yo no sé si digo bien; pero me parece que no me inspira el infortunio, sino la razón y la naturaleza»[51].

Otros temas ilustrados muestran la afinidad de Olavide con Jovellanos en *El delincuente honrado:* el motivo del duelo[52], la cárcel, que se describe como lugar de horrores[53] en que penan infelices inocentes; y en una de las novelas encontramos la postura contrapuesta ante las leyes del magistrado ilustrado y del que se limita a cumplirlas sin más razonamientos[54]:

> «¿Qué autoridad puede debilitar así la potestad paterna, cuando ésta es el origen de todas las autoridades? Pero, señor, vos sois un magistrado respetable, ¿vos conocéis las leyes? Demasiado las conozco, y por eso me lamento y gimo. [...] [Vicario] Señor, yo no vengo a disputar con vos ni a criticar las leyes. Yo las obedezco: soy un ministro pasivo, un mero ejecutor»[55].

Por último, la utopía que Olavide intentó llevar a la práctica en las *Nuevas Poblaciones* brilla perfecta en la novela final de las *Lecturas, La familia feliz.* Como el título indica, el programa de felicidad familar de Ricardo y Donata, bien lejos de la Corte, se cumple en ellos y sus hijos, amigos y vecinos. El benéfico padre, ilustrado, trabajador, promueve con su riqueza el bienestar social a su alrededor con la ordenación más conveniente, cerca también de algunos pasajes de *El Evangelio en triunfo*[56], puesto que, como también allí se indica, la primera obligación del filósofo desenga-

---

[51] *El fruto de la ambición,* t. V, págs. 260 y 261.

[52] Ya en *El Evangelio en triunfo* es tema central; y en él, como en *El delincuente honrado,* el protagonista no mata propiamente, sino que su rival se arroja involuntariamente contra su espada *(El Evangelio en triunfo,* t. I, pág. 27).

[53] «Atraviesa las tristes habitaciones, cuyas paredes denegridas y oscuras han oído tantos y tan tristes gemidos de los innumerables infelices que albergaron en su recinto pavoroso. Sus delicados oídos se sienten lastimados con el lúgubre ruido de las cadenas y con el sordo rumor de los lamentos. [...] Después baja a los calabozos oscuros, más horribles que los sepulcros de los muertos. Entra en esas habitaciones del dolor, a que la luz no alcanza, donde el hombre se encuentra sepultado en un aire grosero, que nunca se ventila, y donde sólo vive para sentir que sufre. El sol no existe para estos infelices y el pálido terror arroja de su seno hasta la idea del consuelo» *(El matrimonio infeliz,* t. VI, págs. 258-259).

[54] La situación legislativa que presenta *La feliz desgracia* ya había sido superada en el momento de la publicación de la novela, como indica el autor en nota. La legislación sobre la materia puede verse en la *Novísima Recopilación,* anteriormente citada.

[55] *La feliz desgracia,* t. IX, págs. 235-236. Además de *La feliz desgracia,* tienen puntos de contacto con *El delincuente honrado, El matrimonio infeliz* y *La paisana virtuosa.*

[56] Cfr. t. IV, pág. 195. No hay que olvidar que, hacia 1792, en Meung-sur-Loire, Olavide estableció una manufactura de paños cuyos productos servían para vestir a los ancianos y niños pobres. Cfr. M. DEFOURNEAUX, *Pablo de Olavide..., op. cit.,* pág. 419.

ñado es la de cuidar de aquellos que el cielo puso bajo su responsabilidad[57] y en general de los que se encuentran a su alrededor, ya que una vez que «tomó por regla al Evangelio, se transformó en un filósofo justo, útil en todo para todos»[58]:

> «No había jornalero a quien no se facilitara algún trabajo, aunque no fuera necesario. Se distribuía a las mujeres lino y cáñamo para que lo hilasen, se tejía después en los telares y luego se daban los lienzos a los que lo habían menester. [...] Aquí vivimos rodeados de hombres honrados y pacíficos. [...] Nuestra ambición no desea más tierra que la que nuestros brazos pueden cultivar. Las propiedades están divididas para el trabajo, pero son comunes para el disfrute de sus producciones. [...] El cielo nos hizo iguales por la igualdad de nuestras posesiones, y lo somos también por la igualdad de nuestras leyes; pero aún lo somos más por la concordia en que vivimos y la benevolencia con que nos estimamos»[59].

Los motivos ilustrados en las *Lecturas útiles y entretenidas* no se agotan con los hasta aquí expuestos, pero con éstos bastan para diseñar un cuadro de rasgos esenciales del pensamiento de Olavide en sus últimos años. Principios fundamentales que expuso en otras obras y que quiso también —tan sensible siempre a lo nuevo y a lo literario, tan joven siempre— seleccionar y transmitir utilizando el género de moda: la novela, vehículo ideal, por su difusión y la edad de sus destinatarios, para sus propias preocupaciones e ideas, tal como aparecen en las *Lecturas útiles y entretenidas.*

---

[57] «Es, pues, evidente que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar a otros hombres y de llamarlos vasallos, nacen también con la obligación de protegerlos, y, por consiguiente, que el primer objeto de su educación debe ser el formarles un corazón benéfico a favor de estas gentes que el cielo les confía, hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria para que procuren desterrarla de los confines que Dios ha señalado a su celo; enseñarles los principios de la felicidad pública para que sepan promoverla en sus dominios, y, en fin, hacerles entender cuánto deben animar el trabajo, desterrar el ocio, extirpar los vicios y alentar a la virtud» (*El Evangelio en triunfo,* t. IV, pág. 92).

[58] T. I, pág. XIII.

[59] *La familia feliz,* t. XI, págs. 38 y 44.